

SEMANA SANTA

SEVILLA

PREGON 1990



JOSE LUIS GARRIDO G. BUSTAMANTE

Pregón de la Semana Santa Sevilla

1 de abril de 1990

José Luis Garrido García Bustamante



*A la memoria de mis padres y
de mi hermano Rafael*

A Yoly y a nuestros cinco hijos.



I. PROEMIO

Permitidme un ruego a mis compañeros, los periodistas que, ahora mismo, cubren profesionalmente la información de este acto.

Cededme la palabra, por favor.

Como vosotros lo estáis haciendo, como durante muchos años y en muy felices ocasiones, lo hice yo también, quiero decir a quienes os sintonizan, a quienes, a través de los medios en que trabajáis, están siguiendo el Pregón, lo que está sucediendo aquí en este momento, pero solicito vuestro permiso para agregar algo más: lo que siente el pregone- ro al situarse ante el atril, es decir lo que ni vosotros ahora ni yo entonces, hemos podido describir nunca: la interioridad de los sentimientos y la emoción de quien, en nombre de la ciudad, se atreve a empezar a hablar de Semana Santa.

Y, porque quiero ser fiel a nuestra hermosa vocación del periodismo y mostrar mi orgullo por haber sido el primero audiovisual llamado a dejar su puesto tras los tapices y las cortinas del foro o entre las bambalinas de los lados del escenario, pretendo suplir momentáneamente el de cada uno de vosotros para añadir a vuestras frases de presentación lo que el pregonero siente en este instante; el temblor de la grave responsabilidad que sobre él gravita, pero también la inmensa satisfacción de haber logrado lo que alguien, con notoria y disculpable exageración, ha calificado como el Premio Nobel del sevillanismo cofrade y escucha, por ello, en los hondones de su alma, la misma campanería jubilosa que empezó a echarse al vuelo al recibir la noticia de su nombramiento.

Algo parecido a lo que sucede cuando los sonidos habituales de la ciudad que ama se ven desplazados, superados o enmudecidos por ese tañir gozoso que



todo lo colma con eternas pretensiones de felicidad cuando

*Se llena Sevilla entera
del eco de sus campanas
y llega prendido el aire
con roce azul de sus alas.*

*Redondo bronce que suena
fundido con la distancia
de sonos tiñe la tarde
que sabe a muchas Giraldas.*

*Y así sonaron muy dentro
del entresijo del alma
de quien comienza el Pregón
rendido humilde a las plantas
de la Virgen de los Reyes
en su Ciudad de la Gracia.*



Gracias Sr. Teniente de Alcalde, Delegado de Turismo, Relaciones Públicas y Fiestas Mayores por la presentación que me habéis hecho.

Gracias a la Tertulia Cofrade el Cirio Apagao por estas pastas con las que mis pobres palabras llegan vestidas con las galas que este acto merece.

Gracias a mi Tertulia Martínez Montañés que me entregó los folios y los bolígrafos para que las escribiera.

Gracias al maestro Alberó autor de la marcha procesional Cristo del Calvario compuesta expresamente para ser estrenada hoy.

Gracias, sobre todo, a las Hermandades que ofrecieron actos de culto ante sus imágenes por este Pregón, a los Estudiantes, a la de San Bernardo, a la de las Penas de San Roque, a la de Santa Cruz y a todos los que, hasta en esta misma mañana, ofrecen sus oraciones por generosa decisión personal.



Excmo. Y Rvdmo. Sr.

Excmos. Sres.

Ilmos Sres.

Consejo General de Hermandades y Cofradías

Cofrades de Sevilla

Sras y Sres

II. INTRODUCCIÓN

En los albores de la que se presume prodigiosa década de los noventa, cuando el gran acontecimiento de la Exposición Universal condiciona, conmociona e ilusiona toda la vida de la ciudad y la fecha de la trascendente cita ya empieza a verse cercana, Sevilla se viste de galas de estreno en un repetido y tradicional Domingo de Ramos para iniciar la celebración de la Semana Santa.

Ahora, como antes, la ciudad volverá a conmemorar la pasión y muerte de Jesucristo a su manera, como empezara a hacerlo en mil trescientos cuarenta cuando la primitiva Hermandad de los Nazarenos comenzara a sacar desde Omniun Sanctorum la profunda meditación de su Silencio; como lo hicieran otras y, entre ellas, el Gran Poder, desde San Benito, en el tercer decenio del siglo quince; como, dejando atrás las fundaciones de la villa medieval, se llegara al XVI, inicial Siglo de Oro de las cofradías y la Quinta Angustia exhibiera el primer cartel sobrecogedor de la Semana Mayos Hispalense apareciendo, por vez primera, a poco más de seis años de la terminación de la adaptación cristiana de la Giralda que remata Hernán Ruiz con su cuerpo de campanas; como luego siguieran fundaciones continuadas a lo largo de los siglos y el número de las cofradías llenara todos los días disponibles elevándose a este provisional cincuenta y ocho



de la época que, por fortuna, nos ha tocado vivir.

Ahora, como antes, como siempre, el pueblo, este pueblo, elegante, artista y sensitivo porque en Sevilla, como dijera uno de sus más fieles poetas, hacerse pueblo equivale a hacerse aristocrático, va a volver a conmemorar los días pasionales a su estilo, uniendo lo divino con lo humano, poniendo ante sus ojos al Dios hombre que sufre y a su Madre María con el pecho traspasado por puñales de dolor, con esa Teología intuitiva que es, al mismo tiempo, natural y sagrada, dogmática, moral, mística y ascética porque consiste en hacer una representación sensible del Drama Sacro obteniendo de la madera y elevando a la categoría de emocionada eucaristía reverente cada uno de los momentos de su Redención.

Por eso, cuando el Papa Juan Pablo Segundo escribe que “ver representado el rostro humano del Hijo de Dios –imagen del Dios invisible – es ver al verbo hecho carne, al cordero de Dios que quita los pecados del mundo”, el pueblo sevillano piensa que la opinión del vicario de Cristo vuelve a refrendar su manera personalísima de predicar el Evangelio a través de las cofradías y confirma su pensamiento al seguir leyendo las frases papales: “El arte puede representar, pues, la forma, la efigie del rostro humano de Dios y llevar al que lo contempla al inefable misterio de este Dios hecho hombre por nuestra salvación” Ahí está la clave de la teoría popular de la Semana Santa inserta en la que explica la esencia misma de la ciudad.

En Sevilla, la plegara se transforma en procesión y la oración que, como es sabido, es hablar con Dios en agradecimiento y petición de mercedes, aquí adquiere un profundo sentido real y práctico de teología sencilla porque el pueblo no tiene que estudiar a Dios, sino que simplemente lo halla tras el recodo de cualquier esquina. No es un pueblo caminante que va en pos de su Creador por una senda orillada de postulados. Le basta con encontrarlo siguiendo la Cruz de Guía de su Hermandad.

Porque las Hermandades son modelos de convivencia y ensayos originales y perfectos donde la iglesia celular encuentra su más fructificante semilla.

Porque sus cofrades son eslabones entre los obispos, los sacerdotes y el pueblo



llano ante los que se comportan no solo con el cumplimiento de las normas fundamentales de los cristianos sino con el rigor y la observancia añadidos de las Reglas de la Cofradía.

Y porque todo ello se ha venido practicando siempre en un clima de arraigada e histórica democracia en virtud de la cual, aun en los ciclos en que ésta se ha encontrado civilmente alejada, la urna de votaciones ha sido el elemento básico para elegir los órganos de gobierno, el Cabildo General su pueblo elector soberano y la forma magistral para asegurar la pureza de los comicios el Crucifijo alumbrado por dos velas y la invocación inicial al Espíritu Santo.



III. LA GIRALDA. TORRE DE LA FE DE SEVILLA

La ciudad se abre en mil rutas diferentes para contemplar las cofradías en la calle. Hay edificios y rincones ciudadanos que no se ven nada más que en Semana Santa, Y calles por las que no se transita ningún otro día.

Y personas que no se saludan sino en esas fechas.

Desde las viejas collaciones de la ciudad fernandina, como desde los ángulos nuevos de la urbe desarrollada, las cofradías avanzan hacia la Catedral en un crepitar de cirios encendidos, de arboladuras caprichosas de cera, de galopes de azahar, de envolventes vaharadas de incienso.

Y allí confluyen todos esos itinerarios de sacrificio, ilusión y fervor que tienen como vía común la Carrera Oficial.

Y allí, al borde del templo grande, el que se hiciera "...tal que los que lo viesan labrado nos tengan por locos", ese campanario sobre campanario, esa Giralda única de carnes prietas, seguirá apuntando con su esbeltez al cielo marcando el exacto sitio donde de domingo a domingo toda una ciudad hace realidad firme la imagen giradora que la remata: La Fe.

*La Giralda de siempre, recortada
bajo nubes, dosel en oriflama.
La que Turrís Fortísima se llama
ante sol de poniente, iluminada.
La Giralda, de orfebres, acodada
en baranda de tejas, panorama
que la luz engrandece y que proclama
con señera presencia plateada.
Hará, más de una vez, gente cualquiera
altos breves, de freno cotidiano,*



*con el gozo de hallarse en su ribera,
Que, por cima de todo lo mundano,
la Giralda regala al sevillano
su figura gentil y placentera.*



IV. EL PADRE NUESTRO, TESIS DEL PREGÓN

Si el pueblo mismo, en concordancia plena con su Teología popular, manifiesta públicamente su fe y el entramado ciudadano se transmuta en naves eclesiales y el cielo en bóvedas con nervaduras, en la calle parece escucharse una oración por todos rezada, vivida o manifestada y esta oración no es otra que la que Jesucristo enseñó en la montaña, la más profunda, la más hermosa, la que es señal de identidad y distintivo de los cristianos desde los apóstoles hasta los hermanos nazarenos: El Padre Nuestro.



V. PADRE

Padre es la palabra que más se repite en el Evangelio y es también la que más se menciona en los Títulos y en la Heráldica de nuestras Cofradías.

Más de una tercera parte lo hacen así

Padre le llama el Domingo la primera de las Hermandades que abre las puertas de su templo e inicia los desfiles procesionales poniendo entre el verdinegro frondoso del Parque de María Luisa la imagen de Nuestro Padre Jesús de la Victoria, al que sigue, alba paloma celeste, la Virgen de la Paz.

Padre le llamará después la Hermandad de Jesús Despojado, desde su capilla de la Plaza de Molviedro, ahora maltrecha por los temporales, al pie de cuya puerta ejercita, cada año, la elegante cortesía de esperar, cuando despierta el alba, el tránsito procesional del Calvario, mientras en el interior, se alumbra tenuemente el paso de severa originalidad de María Santísima de los Dolores y Misericordia.

Padre es también el que permanece callado ante el Desprecio de Herodes en ese majestuoso desfile procesional de “El Silencio Blanco”.

Padre es el que se declara Dios ante Caifás y Triana acoge en su barrio de San Gonzalo para que siga gozando Sevilla los primores de su cuadrilla de costaleros desde que los ve cruzando el puente.

Padre es ese Jesús, de mirada perdida que soporta la bofetada ante el despótico Anás al que sigue en su tránsito procesional por la ciudad la Virgen del Dulce Nombre, “gracia de Sevilla” que dijera el cofrade Joaquín Huelva y que lo es tanto cuando atraviesa bajo palio Cardenal Spínola en loor de multitud, como cuando espera, recatada y bellísima, en su Iglesia de San Lorenzo.

Padre lo habrá de saludar el pueblo en la calle Orfila cuando, de la pequeña



capilla de los Panaderos, lo vea salir sobre su paso barroco y se comprima para dejar ese sitio que debería faltar siempre, pero que, milagrosamente, parece que sobra hasta sacar toda la cofradía y signar la luz de la atardecida con la doble cruz de San Andrés del paso de la Virgen de Regla.

Padre es el que azotan en el primero de los pasos de la antigua Hermandad de las Cigarreras con el recuerdo de aquel Vicente Pérez Caro asomando la voz por los respiraderos, de frontal a costero y de trasera a frontal, jaleando a su gente y distanciándose luego para ver la belleza de Reina de esa Virgen de la Victoria que tanto sabe de realeza.

Padre es Jesús con la cruz al hombro cuando, un momento antes de que su imagen que- dase recogida pictóricamente en el lienzo, la Hermandad del Valle recuerda el testimonio valiente de las mujeres.

Padre es el Nazareno que se dobla bajo el peso de la cruz de carey y plata que le trajeron los navegantes del diecisiete, primero que, desde Triana, pasó el puente de barcas para entronizar en la Catedral el morado cofrade de la penitencia trianaera.

Y Padre es, al fin, el que llevan entre blancuras de cales y azahares en flor, precedido por el muñidor incansable, espadaña móvil que dobla a muerto, en la severa cofradía de la Mortaja.

Y todo por nosotros. Todo por esa redención que pregonan la Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Redención en el Beso de Judas, la que inicia los desfiles procesionales de ese Lunes Santo que tanto ha crecido desde que en 1923 lo creara el inolvidable Luis Torres con la ayuda de Alfredo Estrada y José Luis Garrido Ávila, padre también, padre en la tierra de este pregonero que hoy os habla. La que tiene como advocación hermosa de su Virgen titular nada menos que el nombre de Rocío.

La que llega a su barrio camino de la Iglesia de Santiago cuando la noche todavía es bullicio y esplendor luminoso y detiene los relojes para verla pasar.



*Entre cales y blasones
aparece por su barrio
la que es Reina de los Cielos
de marismas y de llanos.*

*Viene lento ya, muy lento,
casi no se mueve el paso
porque mecen las saetas
los temblores de su palio.*

*Y son miles las cabezas
que, en las calles y en los patios,
en balcones y azoteas
con macetas de geranios
de piropos encendidos
con amor la van colmando.
¡Cuántos mimos de su gente!
¡Cómo afinan el trabajo
esos firmes costaleros
que la cimbran desde abajo!*

*En la noche tibia y santa
del más hondo Lunes Santo
es la Virgen del Rocío
la que a todos va empapando
mientras mira y se sonríe
Don Eugenio Hernández Bastos.*



VI. NUESTRO

Padre nuestro. No Padre mío. Porque lo nuestro es lo abierto, lo generoso, lo compartido. Lo que nos acerca a la vida de Jesucristo que nunca vivió en solitario, que siempre quiso hacer participativos sus gozos y sus penas, desde las Bodas de Caná hasta la oblación de su vida.

Pensando así le vemos cuando le llamamos Nuestro Padre Jesús de las Penas y acudimos a su encuentro hacia la parroquia de San Roque en ese Domingo de Ramos que tiene con esta hermandad perfume de juncia y romero.

O esperándole, alrededor de la una del mediodía del lunes en la puerta de la Parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes, al principio de esa esforzada y larguísima estación penitencial de Santa Genoveva en el Tiro de Línea, prodigio de resistencia y desafío valiente de ese barrio que, desde el Cielo, seguirá protegiendo don Antonio González Abato, el querido “Padre Botella”.

O sintiendo la bocanada caliente del sudor de su sangre durante la Oración del Huerto a la que acompañará desde lo lejos el argentino tintineo de los rosarios que penden de los varaes del palio de malla de María Santísima del Rosario en sus Misterios Dolorosos.

O entre el verdinegro oscurecido de los Jardines de Catalina de Ribera cuando Nuestro Padre Jesús de la Salud proyecta su sombra tronchada sobre el contorno de los Jardines del Alcázar antes de ser bendecidos por la suavidad luminosa de María Santísima de la Candelaria.

Nuestro cuando Longinos lo cruza con su lanza sobre el espléndido paso gótico florido de la Hermandad de la Lanzada y nuestro también cuando Nicodemus y José de Arimatea se balancean en lo alto de la escalera sobre el paso de bronce y abebay de la Quinta Angustia y la sábana que envuelve el cuerpo descendido del Señor dibuja girones de blancura en el azul de la tarde.



Pero Nuestro igualmente cuando haya que seguirle como lo hace la Vera Cruz escribiendo en su Cruz de Guía la frase evangélica “toma tu cruz y sígueme” o haciendo latido vivencial de cada jornada la oración de San Francisco para aprender que

*“dando se recibe,
olvidando se encuentra,
perdonando se es perdonado
y muriendo se resucita a la vida”*

*Van deslizándose sombras
mientras las luces se evaden.
Negros girones en punta
trepan al cielo y lo parten.*

*Ni por la calle Jesús
ni en calle Baños se cabe,
Pero las sombras avanzan,
entre las llamas que arden
desde los cirios subidos
desde la cera de sauce.*

*Nada en la calle se mueve.
Nadie suspira ni aplaude
cuando estos negros hermanos,
estos silentes cofrades,
entre encendidos hachones,
ponen, de Cristo, la imagen.*

*Y, con la cruz que se clava,
como una herida sangrante,
como espadaña morada,
como temido mensaje,
como guadaña de muerto,
como dogal oscilante,*



*como una flor con espinas,
como una leña que abrase...
Como maderos cruzados
que, al mismo Dios, ocultasen...
con esa cruz elevada
se crucifica la tarde.*



VII. QUE ESTÁS EN EL CIELO

El sevillano sabe que ese padre al que le reza está en el Cielo.

Tan allí como en la tierra en Sevilla en Semana Santa.

Cielo mismo descendido como desciende por la rampa de la Iglesia del Salvador el paso de la borriquita para que la Jerusalén Sevilla reciba con palmas y olivos a ese Jesús que llega.

Y con la misma certeza con la que el Santísimo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón, Gran Poder crucificado sobre el retablo catedralicio de su paso de misterio, le va diciendo a Dimas que hoy estará con El en el Paraíso en esa conversación que se inicia cuando, al abrirse las puertas, la capilla se muestra entera y podemos ver en un extremo esa virgen de nombre catalán y esbelta gallardía de andaluza.



VIII. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

Antaño, los sevillanos que, a lo peor, muchos domingos no vamos a Misa, pero que nos oímos durante los triduos, los quinaros y el resto de los cultos, misas y sermones para todo el año, todavía, en algunas jornadas solemnes, casi no teníamos tiempo para salir del templo.

Y entonces solía rezarse, al término de la Exposición Sacramental, la Deprecación contra la blasfemia.

Hoy los cultos se han reducido y esta encadenada serie de halagos con los que pretendíamos reparar los agravios se reza menos.

Pero Sevilla continúa orando con sus cofradías en la calle y, a la dignidad ofendida, a la paternidad ultrajada, le sigue ofreciendo la hermosa reparación de santificar su nombre. Y así lo hace a lo largo de la semana, desde el Domingo de Ramos al de Resurrección.

Y le llama Santísimo cuando lo ve, Cristo de la Humildad y Paciencia presidiendo esa cena eterna que luego será misa y consagración de Eucaristía, hacerse prolongación de comedores y salas de estar por Placentines y Francos.

Y le llama Santísimo al de las Aguas que todavía no ha perdido ese aroma de Guadalquivir y Barrio de Triana donde estuvo hasta 1942 y que, hoy, rasgadas las paredes de su Capilla del Dos de Mayo, ha tenido que cambiar la proximidad del río por la de la calle Sol.

Y le llama Santísimo al que sale a la calle en procesión como si acabara de dejar aún caliente el altar que ocupaba en los Jesuitas, alma de Cristo, santifícame.

Y le llama Santísimo al del Cerro del Águila durante once kilómetros y catorce horas con perfiles nuevos de estación penitencial que acogen la representación



iconográfica, inédita hasta ahora, del Desamparo de Cristo.

Santísimo es el Cristo de la Sangre, primero de los tres pasos de la Hermandad de San Benito, siempre esforzada para ser devota, esplendorosa y ejemplar.

Santísimo es el Cristo de la Misericordias de la Hermandad del Baratillo, capaz de ser al mismo tiempo trianera y sevillana y de poner en el Arenal sabor torero de puerta grande. Santísimo es el Cristo de Burgos que santificando va, con el roce suave de sus manos clavadas, la rejería de los cierros y balcones por Boteros y Sales y Ferré.

Santísimo el de la Fundación, clavado y tostado, como si quisiera hacerse tan negro como lo fueron sus fundadores, bajo ese sol de las primeras horas de la tarde del Jueves que saca prístinos destellos a la traza oriental del paso de Nuestra Señora de los Ángeles.

Santísimo es el Cristo de la Exaltación subiendo la Cuesta del Rosario en chicotas largas e increíbles.

Y el de la Coronación de Espinas que ahora celebra su cuarto centenario en la capilla de la antigua Universidad, emplazamiento natural dado el elevado número de intelectuales que dieron a esta cofradía de tan profunda significación histórica un sello original e inimitable.

Santísimo llama también a su Cristo titular la Cofradía Servita, esa que hoy convoca a su regreso a la Plaza de San Marcos a los amantes de la estética tradicional de las cofradías.

Y Santísimo, por último, es el Cristo de la Caridad en su Traslado al Sepulcro de la impresionante y modélica cofradía de Santa Marta.

Todos los días, contra la palabra indeseada, esta perenne invocación.

Mirando hacia arriba, al Misterio, al Nazareno o al Cristo o mirando hacia abajo, como recorren esa otra estación de penitencia los padres y las esposas y las novias de los que van debajo, atentos a las pisadas, sintiendo en cada levánta el golpe seco sobre la carne blanda y con la envidia, santísima también, de no poder ser



uno de esos privilegiados altares humanos de un puñado de horas.

Así pasa el Cristo del Buen Fin que igualmente es Santísimo por sus barrios de San Lorenzo y San Vicente presidiendo la singular procesión de frailes nazarenos o de nazarenos frailes que desemboca en la tierna belleza de Nuestra Señora de la Palma.

Una vez había un nazarenito chico contemplando la cofradía detrás de los cristales de un balcón.

Padecía hepatitis.

El médico le había prescrito reposo absoluto y no podía salir.

La pequeña túnica, el cordón franciscano y el capirote estaban en una silla y el chiquillo mojaba con sus lágrimas la tersa superficie de los cristales llenándola de churretes.

El fiscal del paso miró casualmente hacia arriba, lo vio mandó que se lo pararan. Lo mantuvieron un rato así para que el chiquillo pudiera contemplarlo a placer. Luego se lo levantaron a pulso y se lo llevaron muy lentamente a los compases de una marcha procesional.

Hoy, ese chiquillo rubio, que es un mocetón fuerte, se mete todos los años bajo ese mismo paso y es uno de los costaleros de su cuadrilla.

Y suele arrastrar con él siempre a otros de su familia.

El pregonero los conoce a todos porque se trata de sus hijos.

*Las paredes de la calle
tienen justas las medidas
para el roce de la llama
que protege el guardabrisas.
Entre ocre y blancura,
la Señora las visita*



*con caricias de oraciones
y temblores de sonrisas.*

*Caben treinta costaleros
son hermanos y se apiñan
con el ansia de llevarla,
de mecerla y de lucirla.*

*¡Qué cimbreo de cintura,
qué mecidas más cortitas!
En la voz del capataz
el contento se adivina:*

*¡Duro con Ella, valientes
que se acerca la capilla!
y la llevan como ensueño
por Jesús y la Gavidia
y por la esquina de Baños
y por Cardenal Spínola
mientras bajan los redobles
para oír a quien los guía.*

*Se reducen los balcones...
van rozando las caídas
de ese palio den la Virgen
que se ciñe a sus aristas
y, en caminos de jazmines,
perfumados por la brisa,
esos niños, los cofrades
costaleros de Sevilla,
a la Virgen de la Palma
la pasean y la miman.*



IX. VENGA A NOSOTROS TU REINO

¿Cómo es el Reino del Padre, ese que se invoca en la primera petición de la oración que Jesús enseñara?

De ello habló con Pilatos en ese diálogo que ha terminado cuando el eterno modelo de los jueces débiles lo muestra azotado al pueblo en el hermoso paso de misterio de la Hermandad de San Benito.

Ya le ha dicho Jesús que es rey, pero no de este mundo.

Y esa locura despreciada por los paganos, que no podían concebir un rey crucificado, es la que puso la universidad Hispalense sobre un paso de caoba en el Templo de la Anunciación, el de la cuna de la formación cultural y ascética jesuita, más antigua que el Gesú de Roma. Y la que hoy Sevilla sigue contemplando en esa lección magistral de Buena Muerte que, cuando se imparte en el entorno del sevillanísimo monumento de la plaza del Triunfo corona de blancura inmaculista el delicioso contraluz del paso de palio de María Santísima de la Angustia.

La Urna del Santo Entierro lo confirmará más tarde. El Rey ha sido crucificado. Pero reina sobre la ciudad que le rinde honores en galas de luto.

Y resucita después tornando el luto en los colores vivos del Domingo de Resurrección cuando las campanas voltean y la cofradía lasalliana recoge la secuencia de final feliz que Sevilla conoce pero que ahora vuelve a contemplar representada esencialmente por sus hijos más jóvenes, esos que salen a la calle cuando los mayores se recogen en casa.



X. HÁGASE TU VOLUNTAD

Esa es su voluntad. La que vence a la muerte, confirma la fe y acrecienta la esperanza. La que pedimos que se haga. La que el mismo Cristo desea porque, como recogen Mateos, Marcos y Lucas, el que hace la voluntad del Padre ese es su hermano.

Y, de ello, nos da ejemplo cuando va a exhalar su último suspiro el Santísimo Cristo de las Misericordias, de Santa Cruz que sella el nombre del barrio más internacional de la ciudad con la fuerza de su cruz potenciada.

Y el Cachorro, apoteosis procesionante del barroco que, en esos arcos tensados para flechar el cielo del Puente de Triana, permite que se proyecte en el espejo de las aguas del río la flecha sublime de su imagen.

Y el Cristo de la Expiración de la querida Hermandad del Museo, reto continuo para quienes quieren aprisionar su luminosidad y cromatismo a los que ponen contrapunto de colores las camelias, las esterlicias, los jacintos o cualquier otra de las variedades florales que cimentan la fantasía en la ornamentación del paso de palio de la Virgen de las Aguas.

Así viene cuando regresa.

Rodeada de esa densa multitud aprisionada por Tetuán y Alfonso doce, como las aguas que corren por un río escarpado que se abre y ensancha al llegar al Museo.

Y así hieren los aires las saetas en la noche alta con el barrio despabilado y retrasando morosamente la despedida.

*Aguas, Señora, mojada;
cara brillante de pena,*



*dulce candor de azucena
entre tu ojera morada.
Virgen bendita, anegada
en multitudes de río.
Cuando, en saeta, el quejío
alce el valiente aleteo,
nadie estará en el Museo
sin que le dé escalofrío.*



XI. EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo, sigue diciendo Sevilla y pueden recordarse las frases del Maestro que resume el apóstol Juan “Cuanto pidiereis al Padre os lo dará en mi nombre. Pedid y recibiréis” y la matización de San Agustín afirmando que “Dios tiene más deseos de dar que nosotros de recibir”.

Quien conoce la palabra de Jesús, y se atreve a practicarla cada día, comienza aquí abajo la vida de eternidad.

Por eso, a veces, los planes de la tierra y el Cielo se llegan a confundir, tal vez porque sea fácil elevarse al Cielo cuando camina sin caminar por Cuna, Sierpes o Placentines, Jesús de la Pasión, sublime ejemplo de la humanidad de Cristo en unión con su Divina Persona sobre el sagrario, digno de veneración de su paso de Cayetano González, opus magnum del arte de la orfebrería.

O si se tiene el privilegio de contemplar esas salidas de la Hiniesta o de San Esteban que, durante un tiempo, tendremos que describir hasta que vuelvan a producirse.

En la Hiniesta esquivando con agilísimas fintas costaleras las ojivas de la puerta del templo y en San Esteban consiguiendo esa misión imposible de empezar a bajar, después de doblar los zancos, escuchando la voz del capataz que manda:

“los dos costeros a tierra por iguá” ... “Poco a poco... más... más...”

Y uno siente cómo los riñones de los que van debajo se deben estar partiendo hincando las rodillas casi hasta taladrar el suelo, mientras los del Cristo se agarran por fuera sin sitio para poner las manos.

Es el Cielo en la tierra. El Cielo al que suben los pasos con el grito que tal vez



pronunciara el Balilla por vez primera: "Al Cielo con Ella".

El Cielo al que siguen queriendo llevar sus costaleros hermanos de San Bernardo el paso del Cristo de la Salud para que continúen subiendo los altos candelabros de sus esquinas hasta el borde mismo de las luminarias celestes, allí donde espera, con el costal bajo el brazo y desde aquella tarde en la Plaza de la Alfalfa, el costalero que ahora falta en su cuadrilla.

*Mira, Madre, que yo quiero
morirme de costalero.*

*Como se muriera un día
Pepe Portal, de costero,
sintiendo sobre su carne
todo el peso del madero.*

*Y rezando que no hay forma
más adecuada a los rezos
que sentirse Altar de Cristo,
portador de sus misterios
que, por las calles, transita
ante el humano embeleso.*

*¡Cómo lastima la tarde
la muerte del costalero!*

*Diríase que pensase
que habrá de quedarse quieto
inmóvil ya para siempre
el paso de Cristo muerto.*

*Pero la tarde se asombra
y el paso sube de nuevo,
bajel de dorado casco
sobre cabezas de pueblo.*



*Porque el mejor homenaje
que merece un costalero
cuando, costal bajo el brazo,
se presente ante el Eterno,
es que su paso camine
tras levantadas de ensueño
y que se llamen a tiempo,
bien a compás, los pateros
que fijen los fijadores
y que los corrientes, dentro,
sientan correr en sus pulsos
sangre de hombres enteros.*

*Costaleros de Sevilla
¡locos de amor! ¡qué contento
cuando la voz del de Arriba
pregunte: "Estáis ya puestos?
que voy a llamar, que vengan
conmigo todos al Cielo!"*



XII. DANOS EL PAN DE CADA DÍA

Las cofradías piden pan y lo dan también.

Lo piden con la elegancia mendicante de los blasones de su estirpe. Lo dan con la delicadeza, silencio y generosidad que su seguimiento del evangelio les impone.

Se pide a los hermanos en las cuotas mensuales, en las papeletas de sitio, en las limosnas de los cultos. Se pide a los demás en la Lotería de Navidad y en los miles de rifas y en los cientos de ideas felices de las juntas de gobierno para sufragar los gastos de la mejora y conservación de sus enseres.

Se da en las Bolsas de Caridad, en las organizaciones asistenciales, en las campañas de Navidad... se da hasta la sangre colectiva y periódicamente.

Se da trabajo también. Existen hermandades numerosas que tienen empleados en nómina. Los mayordomos saben de todo ese mundo artesanal, laboral o fabril que vive de las cofradías: los tallistas, los orfebres, los doradores, los bordadores, los cereros...

Y los secretarios lo saben también porque, desde que la informática llegó a las hermandades, hasta se venden listados y programas de ordenador para ellas.

Se pide a veces hasta el techo que falta porque se cuartearon las medianeras por una obra próxima o se hundieron los tejados a causa de los temporales.

Y qué ternura de Sagrada Familia sin posada la del peregrinar de algunas hermandades buscando acogida. Qué regalo de pobreza. Qué bienaventuranza de los que así están y más se parecen al Hijo del Carpintero.

Y qué ejercicio de la paciencia con todo su valor de obra de misericordia.



Bienaventuradas hermandades de Jesús Despojado, de la Hiniesta, de Santa Marta, de las Aguas, de San Esteban, de la Candelaria, de San Isidoro y de los Gitanos.

De vosotras es el Reino de los Cielos.



XIII. PERDONA COMO NOSOTROS PERDONAMOS

Abarcará todo el espacio impoluto de la pantalla el plano general de una escena en el Gólgota con el susurrante sonido de las palabras de un crucificado.

Habrá un arbotante de verdura y candorosas notas de azahar tras el paso antiguo de armonía perfecta de la Hermandad Sacramental de las Siete Palabras.

El primer plano quizás acerque el torso del reo y nos sintamos dulcemente heridos por la mirada implorante de ese Cristo de la Sed al que Luis Álvarez Duarte imprimió la realista expresión que impulsa a saciarla de inmediato.

Tal vez haya muerto ya y sus hermanos de la Carretería lo hayan vuelto a sacar de la pequeña capilla de la calle Varflora haciendo que se comprima inverosímilmente la pared que da frente a la puerta y que acuda a posarse en la canastilla de su paso un cementerio de crujientes hojas secas para que las apriete en el ramo funeral más doloroso de la tarde el bramante dorado que la circunda.

Pero la voz de Cristo habrá quedado en el aire y el penúltimo eco de la imagen desvanecida lo irá multiplicando- Perdón... perdón... perdón a los enemigos. Perdón fraterno.

Luego lo repetirán Mateos y Lucas “ Si amáis a los que os aman,¿ qué merito tenéis?... Amad a vuestros enemigos. Sed misericordiosos como vuestro Padre lo es”.

Y lo completaría Marcos: “Porque si vosotros no perdonáis, vuestro Padre, que está en los Cielos, tampoco os perdonará”

Lo había adelantado antes el Maestro.

Y ese quid pro quo, esa condición, *sine qua non*, ese perdona tú para que te perdonen a ti se hace realidad todos los días en el seno de esas escuelas de



aprendizaje y perfeccionamiento de cristianos que son nuestras cofradías y hermandades.

Perdón con la clave sublime de ese Amor que cierra, sobrio y patético, cuando se muestra crucificado en la empinada rampa de su templo las estaciones penitenciales del Domingo de Ramos.

Perdón que habrán de estar pidiendo para todos nosotros los cofrades que ascendieron ya a la Casa del Padre, cuyas voces reunirán aquellos pregoneros que subieron también con el verbo tan cálido y el corazón tan encendido como los de José Luis de la Rosa o José Ignacio Artillo.



XIV. NO NOS DEJES CAER

Mas, para ello, a ese Jesús que sabe de caídas bajo la cruz de tantos desamores,
Sevilla sigue rogando

no nos dejes caer

Y lo hace cuando lo trae desde Triana, clamor reverdecido con brisas marineras...

o cuando lo muestra en San Isidoro, pidiendo pinceles de Mattoni o Cabral
Bejarano para plasmar su severa belleza plástica...

o cuando lo saca de San Vicente haciendo descender entre naranjos la batuta
amable del maestro Pantión para que Jesús de las Penas vuelva a hacerse
armonía sonora y prodigio de cofradía completa avanzando serenamente sobre
los pies...

*Qué bien se llevan los pasos
andando sobre los pies
con las mecidas cortitas
y acompasado el vaivén.*

*El paso se ve de lejos
que de cerca no se ve
porque hay que ver el trabajo
de los que pueden con él
y las levantás de ensueño
sin que se caiga un clavel.*

*Qué bien se llevan los pasos
andando sobre los pies.*



*Y habiendo igualado los cuerpos
al modo de Rafael.
Aquel Rafael Fatiga
que capataz supo ser
sin alterar nunca el gesto
y con firmeza a la vez
maestro de los martillos
y de las voces de miel.*

*Qué bien se llevan los pasos
andando sobre los pies.*

*Se va cimbreando el palio
y los varales también
con chicotás a lo justo
“¡bueno, bueno, no corré!
¡duro con Ella, valientes!”
(¡Cómo va el paso, qué bien!)
“¡Pararse ahí y que caigan
los cuatro zancos a la vez!*

*¡Qué bien se llevan los pasos
andando sobre los pies!*



XV. Y LIBRANOS DEL MAL.

Y, para poner el marco adecuado a la frase final de la plegaria, para ese “líbranos del mal” que la completa y redondea, la Madrugada.

La Madrugada cuando, entre las puertas recién abiertas de la Capilla de San Antonio Abad, se escapa una bocanada de azahar, mensajera de virginidad y de pureza y los primeros nazarenos de la memoria de la ciudad vuelven a echarse a la calle llevando escritas con el hermoso lenguaje de los siglos idos las peticiones de venia que ni siquiera quieren pronunciar para no romper la severa austeridad de su silencio. Y Jesús se abraza a la cruz en la que habría de ofrendar su vida, como luego mostrará con el Calvario la devoción imaginera de Francisco de Ocampo.

La Madrugada que se inicia con el rigor de esta cofradía modélica y la Madrugada que termina con la gracia de los gitanos tan certeros en la aplicación práctica de la teología como aquel miembro de junta que, vestido de nazareno, decía a quien pretendía librar a Nuestro Padre Jesús de la Salud de un molesto chaparrón guareciéndolo bajo una gabardina:

“¡Déjalo!... ¿No es el Rey del Cielo y de la Tierra?... Pues si se quiere mojar que se ponga hecho una sopa”.

Y cómo vuelven de la Catedral esos dos pasos y cómo se va abriendo la mañana desde San Román, por la calle Sol y la Plaza de los Terceros buscando el titubeo de la luz que va creciendo el palio de la Virgen de las Angustias

*La calle Sol relucía
Y, en San Román, se ensanchaba
con mares embravecidos
de corazones en planta.*



*Parábanse los relojes
con sueño de madrugada
y hacía calle Sol venía
Angustias toda angustiada.*

*Pero, en Santa Catalina,
cuando las doce sonaban,
le esperaba el homenaje,
escondido de oro y plata,
de sus hijos costaleros
que, a compás, la levantaban.*

*Empezaron a las dos,
más las fuerzas les sobraban
para, diez horas más tarde,
alzarla así, ¡qué machada!*

*¡Cómo subía sin subir
su paso de azul y grana!
¡Y qué luz de sol radiante
se reflejaba en sus andas!*

*Las grandes piedras rieron
de vieja herrumbre arrugadas
Y la Angustiada María,
de pura raza gitana,
sobre bronce y sobre hombría
siguió dejando la plaza.*

La Madrugada enmudece cuando por las calles de la ciudad transita el paso del Señor.

Puede confesaros el pregonero que le agrada mucho vivir donde vive, a un tiro de piedra de su basílica.



El pregonero es vecino del Gran Poder.

Muchos, en el barrio, y el pregonero con frecuencia también, a Él hacen la primera visita del día y le rinden cuentas cuando finaliza la jornada.

El pregonero nació predestinado para ser nazareno del Gran Poder y tiene a gala hoy, como si del más codiciado título nobiliario se tratara, haber alcanzado un número tan bajo en la hermandad que le permitiría hacer la estación penitencial muy cerca del paso.

Pero nunca salió en la cofradía porque sus pisadas nazarenas siempre tuvieron como destino El Calvario.

El Gran Poder era la cofradía de la madre. El Calvario, la del padre. La voz cantarina y querida de la viejecita santa lo llamaba cariñosamente Granpodé bendito y, arrodillada ante El, clavaba en el rostro atormentado del Señor miradas largas de incontenible arrobo.

Poor eso cuando en la cama blanca de un hospital se aproximó la hora de su partida puso ante el brillo escaso de su penúltima mirada el primer plano impresionante del rostro re- producido a color en una de sus convocatorias y con esta efigie venerada prendida para siempre en sus retinas, recibió la extremaunción y entró en el estado de coma del que jamás habría de salir.

El pregonero lleva siempre al Gran Poder tan impregnado en su corazón como quedara en los ojos vidriados de la madre del alma que se moría en la cama de un hospital.

Y no es el pregonero nazareno del Gran Poder. Pero sí ha tenido el privilegio de llevarlo sobre sus hombros presidiendo el Vía Crucis. Y sabe lo que es la ciudad echada a la calle para presenciar su tránsito. Sabe de su devoción incontenible que es la misma de la que le dio el ser. Sabe de su fervor. Sabe de no necesitar antifaz para pasar inadvertido por- que todas las miradas convergen en el doliente rostro amoratado. Y sabe más: sabe que muchas manos rozaron con unción la suya entrelazada en torno al soporte de las andas. Y que luego fueron llevadas a la boca para besarlas como si del besapié en su capilla se tratara.



Y el pregonero llegó a querer que le cortaran esa mano para suplir con ella el talón del Señor gastado por los besos de devoción y de amor de todo el pueblo de Sevilla.

Pero la Madrugada no estaría completa sin el clamor de Triana, sin el estilo de Triana. Sin esa oleada, sin ese desembarco, sin esa apertura nueva de las viejas páginas de la más gloriosa tradición de los alfareros y de los calafates y de los capitanes de naos.

Llega Triana y es como si alcanzásemos a ver un horizonte esperanzado, como si una brisa suave soplara desde el puente, como si todos los sonidos conocidos se vistieran con un timbre nuevo, como si todos los coros de la más informal marinería alzarán al aire el unísono cantar de una misma alabanza.

Llega Triana y llega Ella. Llega la Esperanza y el mundo de Sevilla, ese mundo de cofrades y de no cofrades, de fieles y de no fieles, de agnósticos, ese mundo se pone boca abajo porque la Esperanza es la Esperanza y la Esperanza, desde que sale, desde que inicia su itinerario por esa calle que es más suya que de nadie porque es la calle Pureza, desde que deja el barrio sumido en la desazón de estar una noche sin Ella hasta que, al filo de la mañana, abandone Pastor y Landero y Reyes Católicos para que la bese el primer rayo de sol antes de que llegue al caserío que se alinea al otro lado del río, va poniendo en el sentimiento y en la expresión, en el corazón y en la boca, la manifestación sincera y el testimonio rendido que genera Ella porque sí, porque puede, porque es la Madre de Dios y reina siempre en Triana.

*Olé la pena bonita,
olé la gracia llorando.
¿Qué locura es ésta, Madre
que así me gusta tu llanto?*

*Olé la pena bonita,
olé tus ojos cuajados
de esas lágrimas amargas
que al mar hacen más amargo.*



*Olé la pena bonita,
olé la gracia del barrio,
Esperanza de Triana,
Capitana de los barcos:
Me duele mucho tu pena,
tu tormento me hace daño,
pero vas tan guapa, Madre,
en la joya de tu paso
que, pareciendo locura,
prisionero de tu encanto,
al verte pasar te digo,
con temblor enamorado:*

*¡Olé la pena bonita.
Olé la gracia del barrio,
¡qué guapa vas, Madre mía!
¡Cuánto me gusta tu llanto!*



XVI. AVE MARIA, GRATIA PLENA

Se llena la boca rezándole a María.

Cuando suena la esquila de la espadaña próxima o la voz, amiga y desconocida, que sale del transistor nos avisa del Ángelus, por la plaza del Salvador, por Sierpes o la Avenida, o por las calles que recorriera el Arzobispo Mendigo, ese beato Spínola, al que Sevilla quiere llamar santo, un antiguo vecino, condiscípulo o compañero nos saludará, al pasar, con un ademán de la mano porque guarda la costumbre de rezarlo cada día, como aún existe la tradición en algunos de descubrirse ante los retablos y con la misma inclinación piadosa con que se acude al encuentro de las Hermanitas de la Cruz para depositar unas monedas en sus manos. Son las cosas de la Sevilla mariana.

La Virgen es nazarena de nacimiento y sevillana de adopción.

Y el título de Hija Adoptiva se lo entrega Sevilla cada Semana Santa rubricándolo con un canto de alabanza que es un magnificat nuevo, una letanía lauretana complementaria, un salmo tan hermoso como el mejor que contiene el libro de los libros. Nada menos que ¡guapa, guapa, guapa! Por eso nos agrada tanto que ese nazareno de La Estrella nos dé medallitas de la Virgen en vez de aquellos caramelos que pedíamos cantando cuando chiquillos porque esas medallas con el relieve de su carita nacarada servirán para que, pasado el tiempo, cuando la Semana Santa se haya quedado atrás, pensemos en Ella, al volver a vestir en cualquier ocasión la ropa del Domingo de Ramos y recordemos entonces que

*Aquella Semana Santa
la Virgen bajó del Cielo
por una larga escalera
formada por los luceros.*



*Madre ¿me llevas contigo?,
Pidió permiso una estrella.
Y la Virgen sonriendo
Se la trajo hasta la tierra.*

*En el barrio de Triana,
la Señora se quedó
y por Virgen de la Estrella
en Triana se nombró.*

*Era Domingo de Ramos.
Sevilla estaba de gala.
Y, al ver a la Virgen, dijo:
“Es la Estrella de Triana”*

¿Quién nos enseñó a rezar así?

Hablamos de los cofrades en general. Y de los niños que hacen su aprendizaje en la Borriquita o como acólitos o nazarenos con el antifaz levantado para ser cofrades el día de mañana. Hablamos de las mujeres cofrades. Pero hasta ahora poco se ha hablado de las abuelas cofrades. Y ya va siendo hora de hacerlo.

Porque más de uno aprendimos a rezar con esas oraciones, pueriles si se quiere, pero hermosamente tiernas que nos enseñaron nuestras abuelas. Y el padre Nuestro y el Ave María estuvieron en los labios fruncidos, arrugados y secos de una abuela para que los aprendiésemos también

Abuelas enseñantes de rezadores. Y abuelas maestras de niños nazarenos.

La casa del pregonero que os habla, en la que habitualmente se presagiaban las vísperas semanasanteras por las túnicas negras colgadas y los cinturones de esparto en algún rincón, empezó a llenarse un día de cruces rojas de Santiago y del blanquimorado de la túnica y los antifaces de la Cofradía del Cristo de la Exaltación.



Una abuela estaba detrás de esta intrusión sorprendente y pronto un desembarco numeroso de nietos se generó en su entorno con las papeletas de sitio y los últimos recibos pagados por ella hasta originar casi un tramo de incipientes nazarenos

Y, si la Virgen de las Lágrimas, con toda su esplendente belleza, se ve hoy en el dormitorio de los varones y, crecidos éstos, siempre hay quien sigue saliendo en la cofradía es porque la abuela, antes de sacar su abono para la silla del Jueves Santo celeste, dejó bien arraigada la semilla que hizo prender en sus nietos.

¡Hermanos, qué banderín de enganche tienen las cofradías con las abuelas!

Y tiene arte esa guerra tan suya, tan de las abuelas, para que las niñas se llamen como siempre se llamaron, con esas hermosas advocaciones de las vírgenes de esta muy noble, muy leal, muy heroica e invicta Sevilla que añadió además a su escudo el título de Mariana porque lo quiso la Hermandad de San Bernardo y con ella todas las hermandades de la ciudad.

Cuántos nombres hermosos desde la Esperanza del primer día a la Esperanza del último.

Gracia y Esperanza el Domingo de Ramos.

Esperanza de la Trinidad el Sábado Santo.

Hasta para nombres compuestos hay posibilidades.

Gracia y Esperanza paseando su belleza desde el pleno sol de Recaredo a la noche en la angostura de Caballerizas.

La Esperanza de la Trinidad dejando con el penúltimo palio en la calle la estela imborrable de su estética perfecta.

Y, al final, la Soledad.

Por dos veces recuerda Sevilla el patético abandono de la Madre a los pies de la Cruz.



El Viernes con la ejemplar cofradía de San Buenaventura.

El Sábado con esa Soledad de San Lorenzo, eterno broche de la Semana Santa, que no queremos dejar sola y por eso acompañamos silenciosamente desde fuera y desde dentro de sus largas filas nazarenas.

*Blancor de blanco sudario
en la tarde que declina
y blancura que domina
antifaz y escapulario.*

*Blanco y negro en el Calvario.
Y, como broche del día,
esta postrer cofradía,
blanquinegros nazarenos
que, al ser más, llevan a menos
la Soledad de María.*



XVII. ENTRE TODAS LAS MUJERES

Soledad María... María Soledad...

Nombres tan bonitos como Rocío, Salud, Guadalupe, Angustia, Refugio, Regla Caridad, Remedios, Ángeles, Valle, Patrocinio, Presentación o María de la O.

Nombres de advocaciones cofrades para las mujeres que, como las del Evangelio cerca del Señor, estuvieron siempre dentro de las cofradías.

Mujeres de mantilla. Fieles observantes del rito tradicional de cada Jueves Santo que da comienzo ante una foto de la Virgen de la cofradía de la familia vistiéndose un traje negro con encajes y sosteniendo la peina sobre un moño bajo que la sujeta como el costal a la trabajadera.

Mujeres madres de armaos de la Macarena que, con sus años a cuestras, irán tomando de la silla donde reposan los brillos del uniforme como los alamares de la chaquetilla de un torero de lujo, las medias, la nagüeta, la coraza... mientras el hijo se transforma y en la estancia suenan saetas de Manolo Caracol ante la mirada quieta del padre que alinea su armadura en la centuria del cielo y de la esposa que aprende en silencio para cuando la abuela falte.

Mujeres camareras de la Virgen, damas de honor de la Reina, con el privilegio de gozar de su intimidad.

Luego llegará el vestidor que es algo así como el modisto de alta costura que habrá de poner la sabiduría y la inspiración para dotar a cada tocado del hálito sublime de su creatividad.

Pero antes están ellas, las que, en el recogimiento inviolado de una capilla casi en penumbras con pudorosas cortinas corridas arreglan a la Señora como si de ellas mismas se tratase, que ahí reside el secreto de la belleza, de la elegancia, del



garbo y de la gracia que lucen las sayas y los ceñidores, las tocas y los mantos de las Vírgenes de Sevilla.

Mujeres esposas y mujeres madres de nazarenos, de monaguillos, de acólitos o de costaleros que empiezan a vivir la Semana Santa con una aguja, una plancha y un secreto heredado para quitar la cera y dejar las túnicas como si acabaran de comprarse en el Siglo, que lo mismo hacen un costal que un solo en el coro del quinario, que estuvieron, están y estarán para que la hermandad sea más hermandad todo el año y para que la cofradía sea más hermosa y se luzca más en la calle.

Con ellas, el arco iris de las túnicas se abre cada día y el silencio se hace impoluta blancura como esa Amargura cuyas sienas ciñó Sevilla con la corona de su devoción, de su admiración y de su amor.

*¡Madre mía, qué santa locura...
Qué locura de amor, madre mía!..
Miro abiertos en antología
tus ojazos de dulce amargura.*

*Eres Tú con abierta ternura:
Es tu boca, tu rasgo, tu encanto
que se humilla al eterno quebranto
de tu pozo sin fin de amargura.*

*Ese llanto que siempre perdura
y recoge tu breve barbilla
el domingo le dice a Sevilla
que, de amor, te creció tu Amargura.*



XVIII. BENDITA ERES

Y ahora, permitidme que os revele un secreto de mi vida de cofrade.

Algo que he guardado pudorosamente dentro de mí porque, en principio, se trata de una deserción.

Cuando yo salía de celador general en mi Hermandad del Calvario, esperaba ansiosamente que los nazarenos entrasen en la catedral y, después que habían traspuesto todos los tramos del Cristo la puerta de San Miguel y, tras el paso, las largas filas de penitentes abrazándose a la cruz al introducirse en el Templo, en cumplimiento de la Regla de la Cofradía, yo me iba con ellos hasta el Monumento, rezaba las oraciones de la visita sacramental y luego abandonaba las filas.

Sí, amigos. Yo era un Celador General del Calvario que desertaba en ese momento de su Estación de Penitencia.

Pero tenía una justificación hermosa e irresistible. Asomada a la Puerta de los Palos, me estaba esperando la Macarena.

Yo sabía que todas las Madrugadas la Macarena estaba allí. Sola. Con ojeras de cansancio. Pero dispuesta, otra vez, a entregarse al frenesí de amor de sus hijos.

Y me iba a verla. Y me acercaba enamorado y me arrobaba contemplándola, tratando de sustraerme a la mirada de quien pudiera observarme con la proximidad del basamento de una de las columnas.

Nazareno de negro. Afilada sombra inmóvil en contraste con el esplendor magnífico del paso de la Señora de San Gil.

¡Cómo está la Macarena en ese momento de la noche!



Qué coloquio apasionado con la prisa del encuentro fugaz.

Luego, los golpes de martillo de Luis León. Y la levanta soberbia, como si estuviera rodeada de miles de personas dispuestas a aplaudir el primor y el esfuerzo de su cuadrilla de costaleros.

Y el racheo de las pisadas multiplicándose en el silencio que amparan las bóvedas altas y, de nuevo, el clamor de la Macarena, acogida por el gentío de la Plaza de la Virgen de los Reyes.

Nostálgicamente, el nazareno negro la dejaba ir y se reintegraba a las filas de sus hermanos del Calvario y, cuando su Hermandad giraba hacia la plaza del Triunfo, tenía que hacer soberanos esfuerzos para no volver la vista atrás y seguir viendo a la Macarena y permanecer a su lado sin ojos nada más que para verla, sin boca nada más que para musitarle piropos, y sin presencia en el galope vertiginoso del tiempo nada más que para sentir la mirada de Ella, cuando sus hijos costaleros la han elevado hacia el cielo y parece que se agita hasta que se recompone y serena al principio de la chicotá y ya se te queda mirando de esa forma que no puedes olvidar nunca.

Por amor a su madre Macarena el nazareno del Calvario se atrevía hasta a caer en la infracción de la severa Regla de su Cofradía.

Andando el tiempo, a ese nazareno lo elevan a pregonero de la Semana Santa y la Hermandad del Santo Rosario, Sentencia de Cristo y María Santísima de la Macarena le concede el exquisito honor que, para los pregoneros, guarda esta Hermandad. Bajar a la Virgen desde su altar en los actos previos a su besamanos en el mes de diciembre.

Y ese nazareno, de las alpargatas de esparto y el alto capirote, mancha de negrura ante el verde luminoso en la cita escondidas con su madre Macarena, recibe el premio de poder trasladarla entre Aves Marías entrecortados, abrazándose a su talle y luego de volver a tomarla en brazos hasta dejarla a los pies de su Trono de Reina, situando su mejilla cerca de la de Ella en la increíble realidad de rozarse con la tersura de su pétalo de rosa hasta sentir la propia mejilla humedecida sin saber si eran sus lágrimas o las lágrimas de la cara de la Virgen trasladadas a la



suya.

Qué largueza la tuya, Madre mía Macarena.

Cómo pagas a los hijos que se enamoran de Ti.

Cómo estabas esperándome sin corona, sin manto, mujer nazarena, elegida de Dios, con tus brazos abiertos, espigada tu figura, breve tu talle.

Así, “pa acabá con er mundo”.

Pepe Garduño, tu vestidor, había vuelto a cincelar los encajes de tu tocado en una cascada de blondas y tus camareras habían puesto en tus sayas el primor y la feminidad de sus manos de mujeres de Sevilla.

Gracias, Madre, por haber pagado así al enamorado nazareno que desertaba todas las Madrugadas para verte en la Puerta de los Palos.

*Gracias, Madre, porque eres
la ilusión más atrevida.
Pero Tú lo puedes todo,
sin pecado concebida,
mediadora de milagros,
luz de oro que la brisa
acrecienta cuando sopla
sobre tu candelería
recogiendo los deseos
de oraciones y caricias.*

*Gracias, Madre, porque pagas
con ternura desmedida
a quien mira enamorado
esa aurora descendida
que es el brillo de tus ojos
y las lágrimas prendidas
en el nácar de tu cara*



*y el temblor de tu barbilla
y el sollozo que engrandece
tu belleza de mocita.*

*Gracias, Madre, porque eres
ese sueño al que se aspira:
Estar cerca de Ti, cerca
del candor de tu mejilla
y de tu porte de Reina
y de tu pelo de endrina
y del agua de tu llanto
y de esa flor encendida
que es, en tu boca de embrujo,
el enigma de tu risa*

*Gracias, Madre, porque, ahora
Yo diré, que no es mentira,
¡Yo lleve a la Macarena,
abrazada en su capilla!*



XIX. ORACIÓN ÍNTIMA

Y, al final, El Calvario.

Cuando un pregonero está de verdad integrado en una Hermandad, todos en ella se sienten pregoneros con Él.

Y, perdonadme la legítima presunción:

En la mía, más.

Yo sé que, conmigo, han subido a esta tribuna todos.

Desde el nazareno de la cruz de guía hasta el último penitente de la Virgen.

Y me siento orgulloso de ello.

La Hermandad del Calvario es tan mía, como yo soy de la Hermandad del Calvario.

Ya sabéis lo que aquí se dice: Aquel es mucho de tal o cual cofradía. Yo no soy mucho. Yo soy todo del Calvario.

Y el Calvario de mí. Y de mi familia. Y de mi gente.

Que esto es lo que pasa con nuestras cofradías: Que son de grupos de familia de toda la vida. Y así está metida en esta hermosa pertenencia toda la ciudad.

Mi Cristo y mi Virgen, como a cada uno les pasa con los suyos, presiden desde los acontecimientos más felices de mi vida hasta los más amargos.

Ante ellos acabo de celebrar mis bodas de plata y con la túnica que me pongo cada madrugada sé que un día habré de bajar a la tierra, como bajó mi padre con la suya, a no ser que, como mi hermano Rafael, cuando lo llamaron desde Arriba



a sus treinta y dos años, la deje en herencia para otro nazareno de la misma casta, de la misma sangre y del mismo amor.

El Calvario es tan auténtica Hermandad todo el año como ejemplar cofradía en la calle cuando...

*Van las blandas pisadas sobre piedras desnudas.
Largas filas de negros hombres encapuchados,
altos los capirotos, toscos las suelas rudas,
y el esparto que ciñe con rigor los costados.*

*Cristo viene a lo lejos, entre cuatro blandones.
Con el alba que sale, ya los pájaros pían,
en la calle San Pablo, se evaporan los sonos
y los goznes del templo, al abrirse, chirrían.*

*En el viernes sagrado, es la entrada silente
del Señor del Calvario que termina el regreso
y se asombra la aurora y enmudece la gente
y la luz que se estrena le dedica su beso...*

*Ya mi Cristo que duerme con su más dulce muerte
yo le pido que, cuando me desprenda lo humano,
se libere de clavos, de su sueño despierte
y me saque del mundo agarrado a su mano.*

Pero, antes, durante la madrugada, se habrá puesto un punto de meditación entre esos dos esplendores que confluyen desde Triana y la Macarena.

Dicen los que nos ven en la calle que no solo los nazarenos no hablan, sino que parece que ni siquiera respiran.

Y esos que acuden a ver pasar la cofradía imponen riguroso silencio a quienes se atreven, quizás por inconsciencia a romper la magia sublime del momento.



Alpargatas de esparto... pies desnudos... un sordo chasquido de la cruz en el paso...

Y, cerrando el Cortejo, Ella: La Virgen de la Presentación.

Fiel en esta Cofradía a la postura de la Madre en el Evangelio que, voluntariamente, ocupó siempre un segundo plano.

La Virgen de la Presentación puede ser la gran desconocida de la Semana Santa sevillana. Pero como Juan o como Lucas o como los que, en su tiempo, caminaron a su lado, aquí quien la encuentra no la abandona jamás.

Y es Ella la que llama, la que recibe y acoge, como puso a su vera al pregonero que os habla para que, tras haber pasado casi por todos los puestos de la Cofradía, desde nazareno con cirio a Diputado Mayor, hoy sea uno de sus manguiteros. La que estaba en besamanos cuando al pregonero le dieron la noticia de su nombramiento como si tuviera celos de madre de no ser Ella la que apareciese con él en las primeras fotos La que movió su pluma cuando escribía y la que ahora recibe su piropo, su verso y su oración:

*Qué dulzura se escapa de tu pena.
Qué ternura se esconde en tu mirada.
En tu frente gravita iluminada
esa ofrenda inicial de la patena.*

*En tu rostro, María, gratia plena,
qué tersura de flor recién cortada,
qué candor de belleza inmaculada,
qué apostura de Reina, qué serena.*

*Todo un pueblo se goza y maravilla
con tu empaque sin par ni parangón
con tu tierna belleza que se humilla*

*y te mira, prendido de emoción,
cuando vas por las calles de Sevilla,
Virgen nuestra de la Presentación.*



XX. PALABRA DE DIOS

Todo esto se halla a punto de ocurrir una vez más.

Ya recorre la médula de la ciudad una inquietud nerviosa.

El sevillano tornará a ofrecerse con su cruento sacrificio penitente sobre la etérea patena y será, otra vez, ejemplo testimonial y clave comprensible del secreto de su Semana Santa. Porque mientras, evangélicamente, su mano izquierda siga sin saber la generosidad de su derecha, ocultará a los ojos de los demás los estigmas de su oblación nazarena: el dolor de su costado tras las largas horas de apoyar en él un pesado cirio en una cofradía de negro; las heridas de sus pies tras haber ido descalzo en una cofradía de capa o el morado y lacerante cardenal en el hombro o en el cuello tras haber llevado una cruz o una trabajadera.

Y estará alegre.

Y le encontraréis contando chistes y construyendo frases ingeniosas metido en una bulla.

Porque sabe que la historia termina bien y su hermano Jesucristo murió en la cruz para redimirle y resucitó al tercer día.

Por eso, en este Templo abierto bajo la bóveda celeste, en esta ciudad hecha Iglesia mayestática, con las calles convertidas en naves y las avenidas en cruceros, se alzarán la voz sacerdotal del pueblo mismo y clamará con firmeza:

“Continuación de la proclamación del Santo Evangelio, según Sevilla...”

Y, entonces, cuando nos llevemos a la frente los dedos cruzados para signarla con la señal de la Cruz... estará la primera en la Campana.

HE DICHO.



INDICE

I. PROEMIO	4
II. INTRODUCCIÓN	7
III. LA GIRALDA. TORRE DE LA FE DE SEVILLA	10
IV. EL PADRE NUESTRO, TESIS DEL PREGÓN	12
V. PADRE.....	13
VI. NUESTRO.....	16
VII. QUE ESTÁS EN EL CIELO.....	19
VIII. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.....	20
IX. VENGA A NOSOTROS TU REINO.....	24
X. HÁGASE TU VOLUNTAD	25
XI. EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.....	27
XII. DANOS EL PAN DE CADA DÍA.....	30
XIII. PERDONA COMO NOSOTROS PERDONAMOS	32
XIV. NO NOS DEJES CAER	34
XV. Y LIBRANOS DEL MAL.....	36
XVI. AVE MARIA, GRATIA PLENA.....	41
XVII. ENTRE TODAS LAS MUJERES	45
XVIII. BENDITA ERES	47
XIX. ORACIÓN ÍNTIMA	51
XX. PALABRA DE DIOS.....	54



